

Acad. II
Esp- 87

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. GENERAL DE DIVISIÓN

D. LEOPOLDO CANO Y MASAS

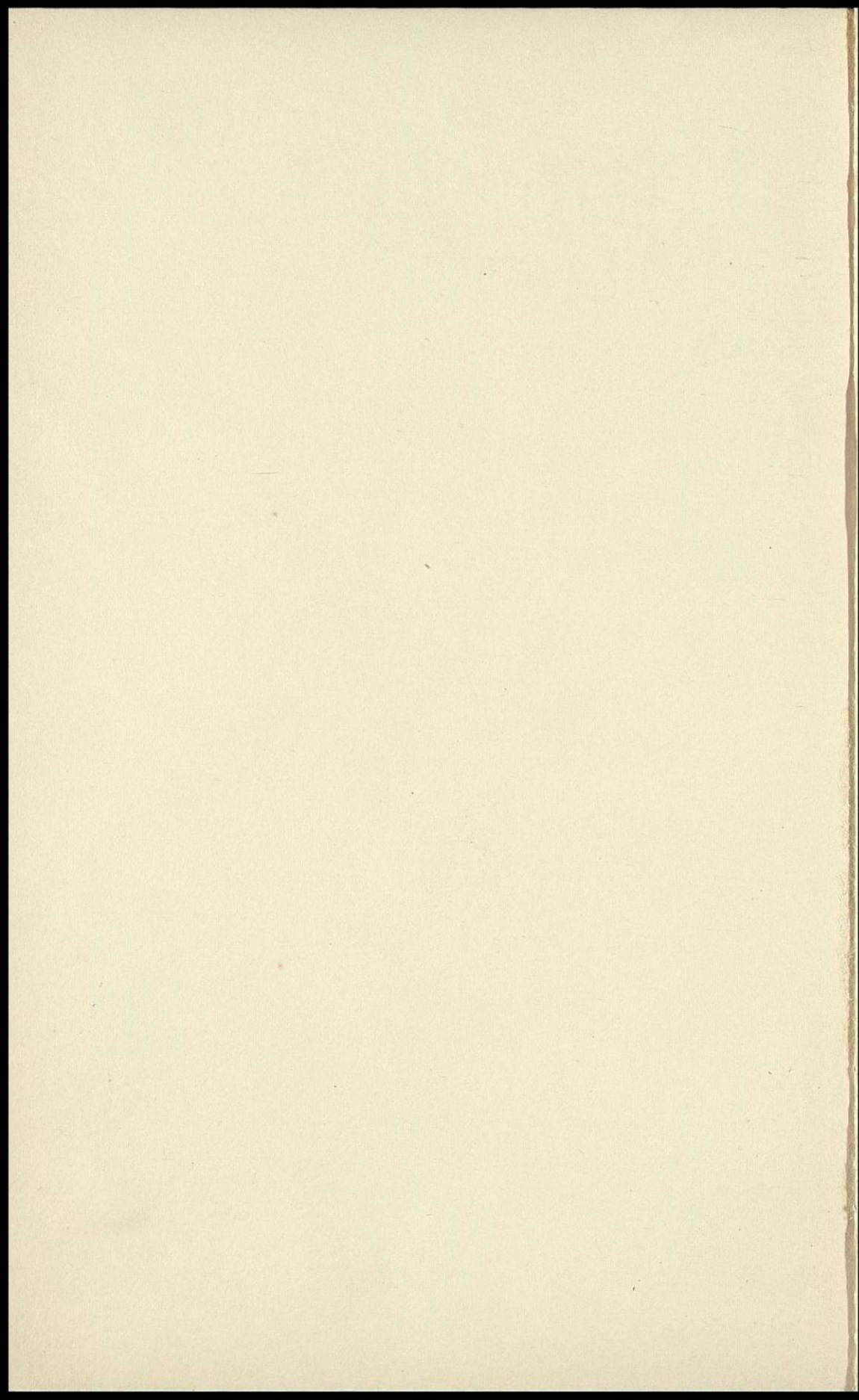
el día 19 de Junio de 1910



MADRID

TALLERES DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

1910



R 40691

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. GENERAL DE DIVISIÓN

D. LEOPOLDO CANO Y MASAS

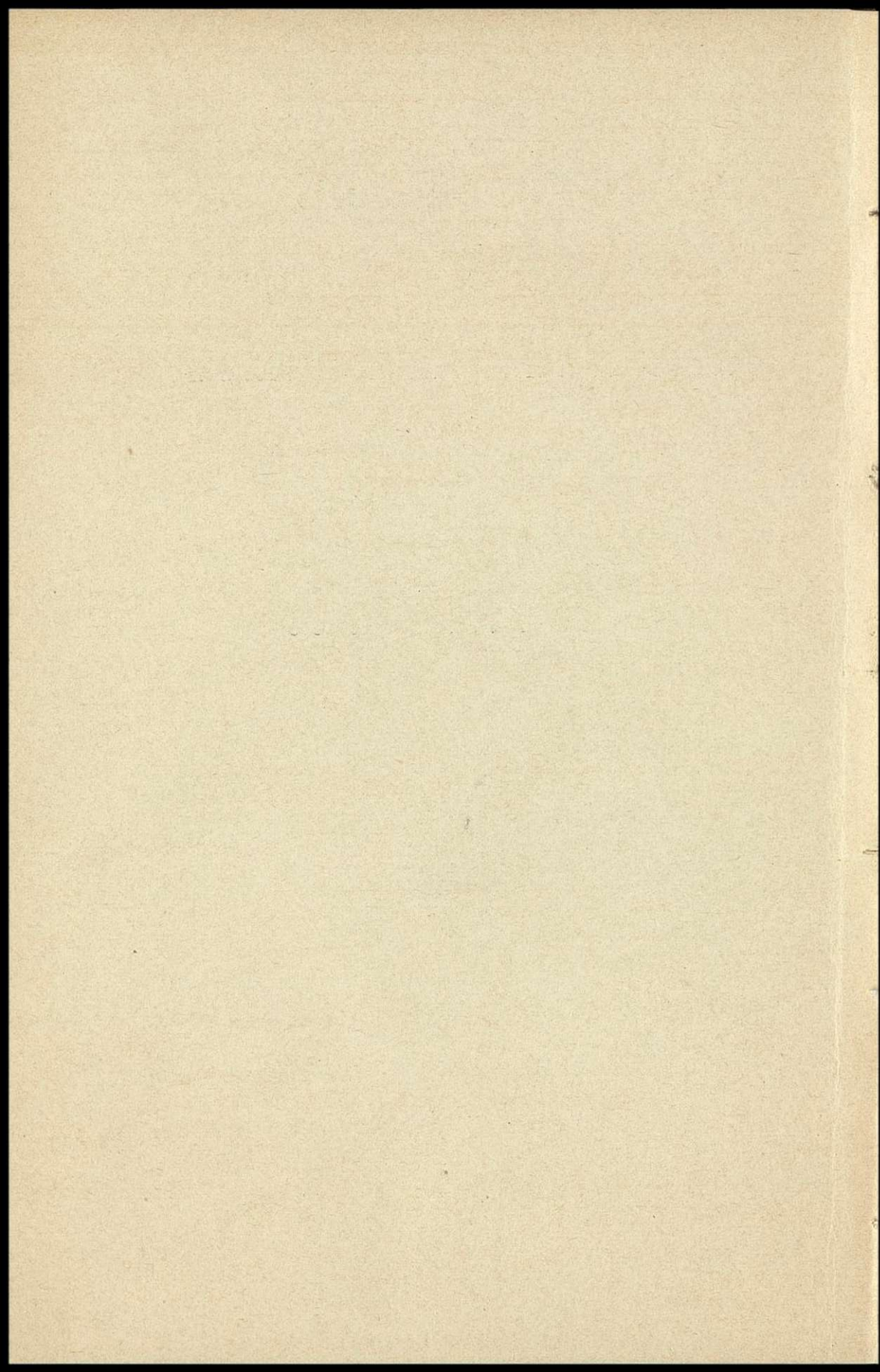
el día 19 de Junio de 1910



MADRID

TALLERES DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

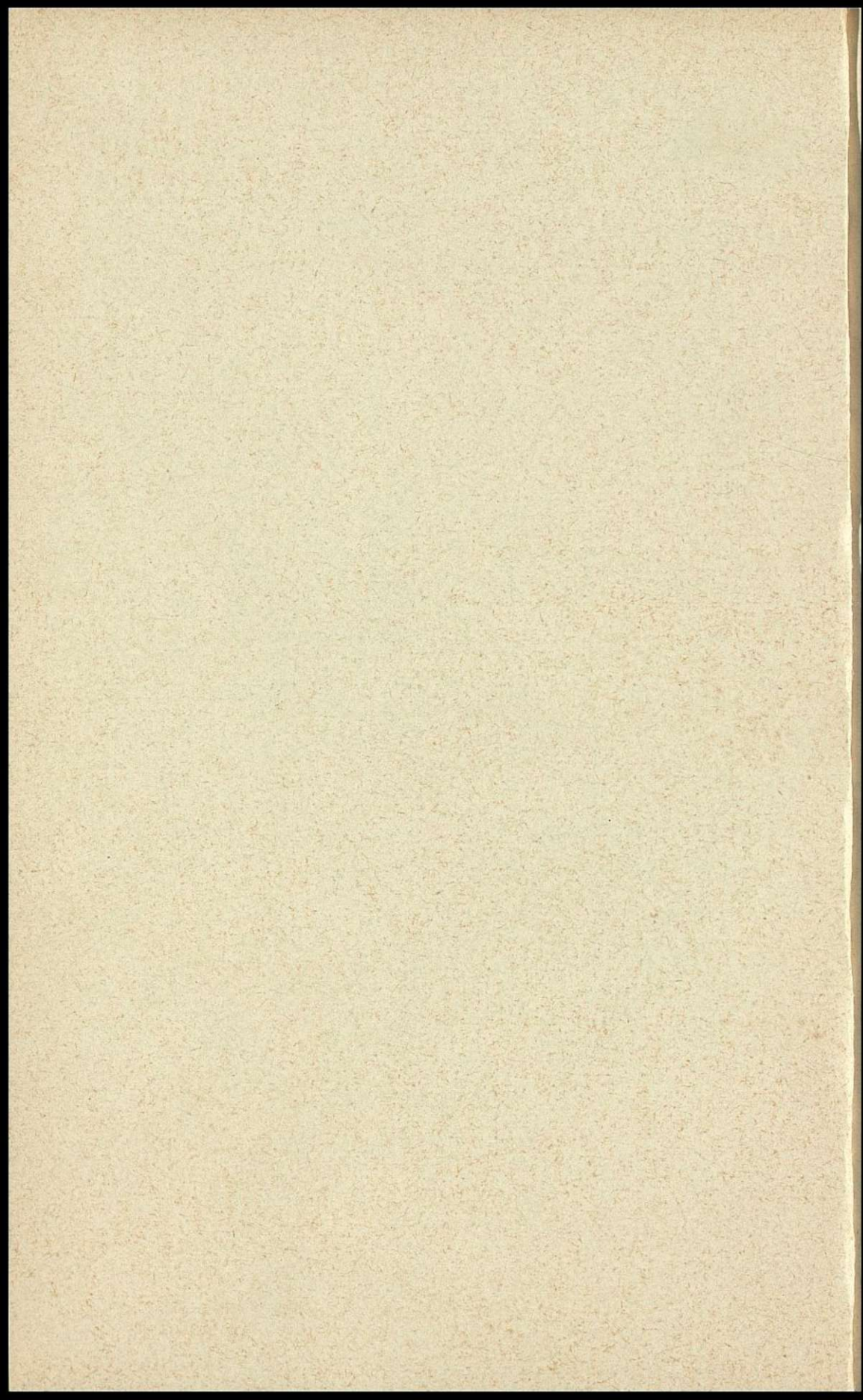
1910



DISCURSO

DEL EXCMO. SR. GENERAL DE DIVISIÓN

D. LEOPOLDO CANO Y MASAS



SEÑORES ACADÉMICOS:

Aunque persuadido de la insignificancia de mi ofrenda en comparación de la merced recibida, me hubiera limitado á rendiros este público homenaje de toda mi gratitud, omitiendo por tardía, la acostumbrada confesión de falta de merecimientos que, mal avenida con la audacia de mi súplica, parecería delación de injusticia en agravio de vuestra indulgencia; pero circunstancias singulares me imponen el inexcusable deber de explicaros por qué, siendo ambicioso del honor que hoy me otorgais, he dejado transcurrir casi toda mi vida para solicitarle á la hora de la vejez fatigada y estéril en que, más que el afán de compartir vuestros trabajos, pudiera imputárseme la codicia de vuestras preeminencias.

Dos maestros en la literatura: el ilustre y actual Secretario perpetuo de esta Real Academia y el que entonces lo era, y á quien para que le recordeis sin yo nombrarle, designo como el mejor dramaturgo de Europa, ambos tan benévolos con mi persona como opuestos á la tendencia de mis ensayos literarios, me sugirieron la ambición de ser su compañero en esta casa; pero ello era en la época de nuestra juventud, cuando pensábamos más en el trabajo que en el premio; más que en la gloria, en la lucha implacable, pero noble y caballerosa.

Porque entonces España, sacudida como por terremoto social y político, comenzaba á sentir el vértigo, pero en las alturas de su grandeza; y el aire traía llamaradas de incendio, y humo de pólvora y estruendos de oratoria y de cañonazos, pero también entusiásticos clamores por ideales generosos; y en las trincheras y las barricadas se perpetraba el fratricidio, pero era en arrebatos de celos por preferencias amorosas de la madre común; y, como la locura es contagiosa, también la musa vestía el arnés de guerra, y entre la aclamación delirante ó la protesta airada, partían de la escena frases que dolían como latigazos, pero contra el des-

honor y el vicio, pues el acero de la pluma rasgaba el papel, pero no le manchaba más que con sangre de corazón.

Entonces se aborrecía ó se adoraba; y los poetas atronaban para ser oídos en el fragor de la pelea por la pasión ensordecida; pero todas las convicciones inflexibles é intransigentes, todos los derroteros rectilíneos convergían en un lugar sagrado, en el corazón de la madre de todos, en el altar augusto de la patria, una é indivisible.

Llegaron tiempos peores; se entenebreció más el cielo, y cayó nuevo diluvio de sangre y de desdichas; y cuando España, lacerada y casi agonizante pidió auxilio, algunos que con ser pocos fueron demasiados, en vez de cicatrizar sus heridas con el ardor de besos filiales, sólo pensaron en echar suertes sobre la túnica inconsútil de la mártir; á sus demandas de amor contestaron con injurias y paradojas en dialectos caducos, resucitados de prisa como para negarle la comunicación espiritual por el verbo; llamaron leyendas á sus victorias en las artes, en las armas, en la literatura y en la ciencia; la poesía fué expulsada del teatro; y, en vez de la musa decente castellana, desgarrando los velos de la honestidad, impudente y cínica, apareció sobre el escenario lanzando carcajadas de payaso, la Diva de la decadencia, la bestia humana.

Y una tarde, no hace muchas, ansiando aire puro, como náufrago que se ahoga, y rayos de sol en defensa contra ese frío de almas y corazones que por ahí se siente, pasaba yo entre la ruín estatua de Cervantes y el suntuoso edificio donde ya se escuchan con prudente cortesía agravios separatistas que antes se ahogaban en la garganta del blasfemo; y entonces ví á lo lejos esta casa solariega de la cultura literaria.

Rodeada, como por corte de amor, de monumentos conmemorativos de la gloria nacional; del museo donde Velázquez, Zurbarán y Goya imponen al mundo entero la hegemonía del genio español; del templo de nuestra religión, y el monumento de nuestra independencia, esta casita aislada me pareció como reducto en que la legión de honor veterana guardaba el tesoro del idioma castellano; y llamé á esa puerta, no en demanda de la silla del ilustre Hernández y Fajarnés y el gran Conde de Cheste para que mi vanidad se arre-

llanase en ella, sino para permanecer de centinela, como soldado raso, dispuesto á responder al alerta: «Mi General, »sin novedad..... irremediable. No todo ha sido granjería de »piratas. Con tierra más chica, España es siempre grande. »Le quedan: su insignia, rodeada por la juventud, que es »la esperanza; y el léxico de su idioma bajo la salvaguardia »del tercio viejo de la Real Española; el símbolo y el vínculo de la nacionalidad: la Bandera y el Diccionario.»

Para justipreciar el mérito de los que honraron la medalla con que vais á honrarme, os basta mi presencia en este domicilio de su gloria.

Servíos de mi insignificancia para medir su alteza. Aun así saldré ganancioso al brindarme por módulo, que se conforma con su tamaño; pues lo que pierda en el contraste, quizás lo gane en vuestra generosa estimación; ya que no es poco el no creerse mucho.

De lejos todo lo vemos chico; el ángulo visual es agudo, y la óptica se hace cómplice de la soberbia humana. Por eso la crítica suele ser despectiva; se remonta sobre lo eminente; y, como mira desde lo alto, todo le parece liso y llano; mientras para la hormiga laboriosa, hasta los surcos del arado resultan cordilleras inaccesibles.

Mas quien supo admirar á distancia y no aspiró á competencias, tampoco rehuye desfavorables cotejos de magnitud. Antes los busca.

Por eso no vacilo en evocar la egregia memoria del gran Conde de Cheste, del ilustre patricio y perfecto caballero, del soldado-poeta; y observad que no digo: poeta y soldado, considerando que esos no son nombres de oficios diversos sino de condiciones inseparables; porque el noble ejercicio de las armas, sus fatigas y peligros son menos penosos para ingeniosos hidalgos, enamorados de la intangible Dulcinea, que para Sancho-Panzas, esclavos de la que les dió por apellido uno que para escribir burlas no era manco.

El amor á la bella literatura, considérase por algunos profesionales de la milicia como señal de flojera del ánimo ó melindroso devaneo, incompatible con las rudezas de la ener-

gía; y también al militar que escribe algo distinto de la Táctica suele reputársele intruso en heredad ajena por los dos ó tres mil autores dramáticos con que el progreso ha compensado ciertas escaseces de nuestro suelo estéril, acomodando á España este consejo de Enrique IV de Francia: «Si nõ se cría otra cosa, sembrad gascones ó poetas, que eso crece en todas partes.»

Juzgo un tanto erróneas ambas afirmaciones. En cuanto á la segunda, creo: que el Parnaso no tiene dueño exclusivo; que en la casa de Talía también los de tropa pueden descansar un rato y aun soñar un poco, sin solicitar boleta de alojamiento de autoridad que nadie ejerce; y que para cabalgar en el Pegaso, más que credenciales de jinete hace falta un poco de equilibrio; y con respecto á que el escribir sea cosa así como sacudida nerviosa de la mano y despilfarro de tiempo, diré: que cantares no son temblores; que holgando menos hay tiempo para todo; que los ruseñores cantan y pelean; y aun imagino que quizás los leones rugen por no saber cantar y arañan por no saber escribir.

Amantes de lo ideal, poetas, y románticos son los soldados de la patria; no de la paga; la Ciencia los educa, lo artístico los sugestiona, la música militar disipa su cansancio; una frase apasionada ó el flotar de un lienzo los enardece; y llegan al choque de la fuerza que, si produce ruido temeroso, también se transforma en luz de civilización; porque después de la victoria se comercia con ventaja, poniendo la espada de Breno en el platillo de la balanza; sin el explosivo que hace pedazos la roca, el tren del progreso no tendría vía libre; y, creedlo, la fuerza no es tan bruta como se dice; la voz del cañón es persuasiva, y con la punta de la bayoneta se abre paso al libro; la letra con sangre entra.

Modelo de lealtad, dechado de hidalguía, valiente hasta el heroísmo, y tan culto que mereció ser vuestro Director, el Conde de Cheste fué mortificado en sus devociones poéticas por ligerezas de cierta crítica que atropella porque no mira, y no mira por no admirar, pero que al fin hace justicia en esta tierra española donde, respecto á sus hombres ilustres, se empieza por injurias y se acaba por estatuas.

De menor resonancia, pero de igual mérito fué la labor científica y literaria de Hernández y Fajarnés, digno sucesor de Cheste, de vuestra compañía, y de toda mi veneración.

Infatigable en el trabajo é insaciable de ilustración, sobrio en vanagloria y pródigo del resplandor de su espíritu y del vigor de su existencia, fué, no sólo defensor de España contra la ignorancia, que es su mortal enemiga, sino creador de la patria futura, modesto y casi inadvertido como esos políperos de las islas madreporicas, medio ocultos por las olas y perseverantes en su misión generadora, que transformando en vida la luz de los cielos y la amargura de los mares, laboran y se multiplican en innúmeras legiones de obreros microscópicos, con la única esperanza de añadir el átomo de su cadáver á la roca, que es tumba de tantos mártires y será pedestal de ajenas glorias.

Tal era Hernández y Fajarnés, á quien vuestra predilección defendió contra la ingratitude social, indultándole de inmerecida pena, más cruel que la muerte: del olvido.....

Y esta palabra me recuerda que he de deciros algo acerca de:

EL PRECEPTISMO Y LA POESÍA EN EL TEATRO

De todas las formas artísticas en que el ingenio aparece con los atributos de la realidad bella, ninguna tan amplia y dúctil, tan expresiva y avasalladora del espectador como la exposición escénica.

La estatuaria es modo limitado para exteriorizar el pensamiento. El rayo de Prometeo sólo consigue dar á la materia inerte la apariencia de un instante de la vida, ó la expresión de la inmovilidad; de lo que es perdurable: del éxtasis, del reposo ó de la muerte.

La pintura imita á la realidad y aun la embellece; pero como sorprendiéndola también en el lapso de un solo momento.

En las figuras del cuadro, inmóviles y mudas, la idea, forzosamente concreta del artista, aparece invariable y como cristalizada; mientras en el teatro la imagen se anima, el espíritu creador encarna, lo plástico se humaniza, las figuras se mueven y hablan, y todas las apariencias de la vida,

todos los estados del alma son reproducidos en sugestiva ficción, que ha de serlo para parecer realidad; pues en el escenario nada resulta tan falso como la copia servil y especular de la Naturaleza, y nada se aproxima á la ansiada verdad de la hermosura como la ilusión escénica, debida á discreto artificio con que el genio procura la aparición luminosa de lo ideal entre las flores de la poesía.

No es género inferior el teatro, como proclaman sus detractores, hasta que se dignan inclinarse para recoger los laureles de la escena; es arte difícil, y aun imposible para los que intentan imponerle los procedimientos minuciosos de la novela; porque ésta es análisis, y el teatro síntesis; en la descripción de un carácter el novelista puede emplear un capítulo; el dramaturgo una sola frase; en la novela acaso triunfe la paciencia del miniaturista; nadie le da prisa ni le tasa el trabajo; es cuestión de tomos; mientras, en el cuadro escénico, la pincelada ha de ser sobria, rápida y segura, porque el espectador es juez que está presente, tasando el tiempo con su impaciencia, y es preciso enterarle, persuadirle, conmoverle, hacerle reír ó llorar, y sobre todo aplaudir; y todo ésto con muchos primores y pocas palabras.

Y como á estas dificultades se agregan las exigencias de los preceptismos de géneros y reglas, y pragmáticas y prohibiciones, vengo hoy, no á romper una lanza cuando ya disfruto la paz de la vejez, sino á suplicar con encarecimiento un poco de libertad, bien entendida, para el teatro y, consecuentemente, el indulto de la forma poética, desterrada de los dominios españoles con gran satisfacción de los que no quieren, ó no pueden hacer versos; porque lo que se teme es lo que se aborrece.

Me importa advertir que la libertad técnica que yo imploro para los autores no es lo que ahora se entiende por Teatro Libre español.

En Francia que, con ser república libérrima, mantiene la censura previa gubernativa para el arte dramático, y donde el autor sufre las intolerables exigencias de los actores socios de la casa de Moliere, se comprende la necesidad de un teatro independiente de la tiranía oficial; pero en España, donde la autoridad no dificulta el estreno de las obras escénicas, y tenemos el teatro libre, el libertino, y los lla-

mados *pornográfico* y *sicalíptico*, por no darlos el nombre que merecen, sólo por delirio de persecuciones y por ese afán de imitación que, á no tratarse de nuestra noble raza, justificaría las teorías de Darwin, se puede censurar al Estado por intolerancia con el ingenio.

Libre es el teatro español de coacción autoritaria y aun de sanción penal en muchas ocasiones; y así debe suceder pues el público, que ejerce la crítica inmediata con jurisdicción inapelable, no es menor de edad necesitado de tutela, ni tiene derecho á que el Estado vele por su honestidad y su decoro; la desaprobación severa, ó el desvío, son sus naturales defensas contra el falsificador de sus costumbres, contra el que le calumnia en vez de retratarle, contra el que le ofrece en espectáculo la depravación del gusto y del sentido moral.

La misión del autor de comedias es meramente artística, porque el teatro no es la cátedra ni el púlpito; y el único código contra las faltas y delitos escénicos es la Estética.

Las artes recreativas son inmorales por su naturaleza; pues las desnudeces del pensamiento, la morbidez de formas estatuarías de Venus y Apolos, la esplendidez plástica de las Evas y Gracias de Rúbens, y las vibraciones musicales que alborotan los nervios, no son disciplinas contra las pasiones, sino excitantes de la sensualidad.

Ló artístico no se limita á imágenes sagradas, cuadros místicos, la música litúrgica, el canto gregoriano y los autos sacramentales, que en mi tierra de Castilla se llamaban: *folijones*.

Sin afirmar como un ilustre escritor que el Arte es el Diablo, le creo pariente muy próximo; y del ángel caído sólo puede exigirse lo que le queda de origen divino: la belleza.

No le regateemos medios de encantamiento para robar almas, que es su oficio.

Por eso pido yo el teatro libre, no de la autoridad del Estado, que en nada le cohibe, sino de la tiranía escolástica, del preceptismo vanidoso, de tantas reglas y géneros, métodos y escuelas, pragmáticas, rutinas y prohibiciones, que son rémora del progreso ó candorosos consejos de la más completa y absoluta inutilidad.



En el concepto de sabias y casi paternas admoniciones, las reglas artísticas son como pautas de planas que se entrega á los niños, para que lleguen á excelentes calígrafos, con la orden de hacer buena letra y la prohibición de salirse de *los caídos*; marañas de líneas inflexibles que son poco auxilio para la torpeza y mucho estorbo para la habilidad.

Sería curioso el detenido examen de las fórmulas diversas que, en clase de infalibles recetas y de cánones sagrados, viene dictándose hace siglos á los dramaturgos, pero ni lo consiente la forzosa brevedad de este discurso ni merecen la pena de un análisis. Basta menciónarlos.

Los escolásticos intransigentes, que pudiéramos llamar: religiosos trinitarios de las unidades de acción, tiempo y lugar en la composición de las comedias; los románticos, monomaniacos del delirio de grandezas, con la obsesión de lo enorme y extraplanetario, que parecían mirar el mundo con cristales de aumento y que, según la frase feliz del autor de Gerónimo Paturot, «hendían los Pirineos para tallar sus héroes»; los clásicos reglamentistas y dogmáticos, encasilladores del ingenio, matemáticos retóricos, hombres del justo medio y de la más exquisita prudencia, que sin embargo esgrimían puños por argumentos en el estreno del Hernani; los de la dramaturgia tendenciosa á la moda de Dumas (hijo) y Compañía, especie de predicadores láicos de tesis atrevidas, con aspiraciones á incruenta revolución desde arriba del escenario; los de la literatura experimental á lo Zola; los realistas, naturalistas, *naturistas* y *veristas*, que son de la última moda, todos esos preceptistas de hechuras determinadas, con patente exclusiva y privilegio de monopolio industrial, fingiéndose sectarios por apasionamientos técnicos, dieron en clasificar lo inclasificable: las obras dramáticas que, siendo originales, no se parecen más que á su autor.

Agrupar los productos del entendimiento por la estructura de la labor material, que es en ellos lo accidental y secundario, es como ordenar los libros de una biblioteca por su tamaño y encuadernación.

Si el preceptismo sirviera para algo, todos los catedráticos de Retórica y Poética serían excelentes autores dramáticos; y eso no suele suceder,

Porque en las comedias hay algo que no enseñan los libros docentes, que no se fabrica con moldes, ni cabe en encasillados, que las hace únicas, incomparables y, por tanto, imposibles de clasificar; y eso en que el preceptismo no repara por creerlo sin duda una minucia, es la inspiración.

No es, la literatura, ciencia exacta que por la lógica de los métodos y la combinación ordenada de principios ya demostrados, llegue á portentosas deducciones; es arte puro que se ejerce por derecho divino, no merced á diploma universitario, y en el cual la sabiduría vale menos que la intuición; y el espíritu analítico, la paciencia en la investigación y la laboriosidad infatigable son casi inútiles; porque la idea feliz en su aparición maravillosa, cuanto inesperada, es como súbita aclaración del misterio de la hermosura, encuentro imprevisto de un tesoro, resolución de la nebulosa en astro, y como revelación de augusto secreto.

El dogmatismo malgasta el tiempo persiguiendo las mariposas del espíritu; porque la creación no es resultado de la fórmula, ni efecto de la voluntad, ni deducción racional.

Todos los sabios químicos, combinando de todas suertes el jugo de todas las flores de la primavera, no lograrían fabricar una gota de miel; y lo que no sabe la Química por ciencia, lo hace la abeja por instinto y don de su naturaleza privilegiada.

Todos saben cómo se compone una comedia. La teoría es sencillísima.

Se toma un asunto interesante; se desarrolla en un argumento ingenioso por medio de personajes cuyos caracteres estén perfectamente dibujados; se procura que el diálogo sea castizo y flúido, la exposición breve y clara, el interés bien sostenido y creciente hasta el final de la obra; y con tal de que éste cumpla el precepto de dar oportuno y artístico término á la función, ya no hace falta casi nada... sino que el autor tenga inspiración, ingenio, originalidad, inventiva, espíritu observador, conocimiento del corazón humano, temperamento artístico, exquisita cultura literaria, y mucha suerte, y pocos enemigos; que á nadie le faltan.

¡Y cuán difícil el triunfo escénico ante un jurado heterogéneo, ansioso de novedades y desconfiado de ellas, gustoso de atrevimientos y dispuesto á castigarlos, rindiéndose

sólo por emoción y creyéndola debilidad ridícula, exigiendo que se le sorprenda, y tan disgustado si adivina el desenlace de la obra como si el autor no le permite vislumbrarle, y que para otorgar su aprobación ha de persuadirse de que es, no sólo colaborador, sino el autor mismo de aquello que aplaude por arrebató involuntario, del que se arrepiente antes de salir del teatro!

¿Qué reglas pueden dictarse *á priori* para esa maravilla de sugestión sobre una colectividad variable según las épocas, impresionada de diversos modos, en la que se reúnen todas las clases sociales, todas las creencias, todos los gustos y caprichos, virtudes y perversidades; para ese milagro de fundir momentáneamente elementos tan discordes en una entidad sensible, benévola, honrada y generosa que llora y ríe, y bate las palmas unánimemente, olvidándose de sí misma hasta rendirse á veces como culpable ante el que se somete á su justicia?

¿Qué reglas retóricas pueden arrancar de los cielos el gotear de las ideas que, como notas resplandecientes ó como lenguas de fuego de Pentecostés pagana, descienden sobre la frente del artista infundiéndole el dominio de ese idioma universal del Arte en que ha de hablarse á cada espectador de modo que comprenda, se persuada y se entusiasme?

¿Qué preceptos guían para descubrir el secreto inefable de lo artístico; para que el autor elija el medio y la ocasión de apoderarse rápidamente de la idea informe é indeterminada que surge en la conciencia universal y que él ha de ofrecer al público como novedad interesante, en aclaración de lo enigmático y como forma precisa y acabada de aquel concepto rudimentario, vago é indeciso como ráfaga de un pensamiento?

Para eso no sirven reglamentos, recetas ni formularios. Me decía un burócrata experto, de la especie docente: «Para »escribir un oficio no tiene V. más que poner arriba: «Exce- »lentísimo Señor»; y, abajo: «Dios guarde á Vuecencia mu- »chos años»; y en medio...»

«Sí; le contesté; «en medio se pone un poco de talento; »y ya está...»

Y por si me acusaran de rebeldía contra la técnica, permitid que me ponga al amparo de la autoridad indiscutible de Cervantes, el cual decía ésto de las unidades clásicas:

REGLAS DE LA COMEDIA

CURIOSIDAD ¿Comedia?
COMEDIA Curiosidad
¿Qué me quieres?
CURIOS. Informarme
Qué es la causa porque dejas
De usar tus antiguos trajes
Del coturno en las tragedias
Del zueco en las manüales
Comedias, y de la toga
En las que son principales;
Cómo has reducido á tres
Los cinco actos que sabes
Que un tiempo te componían
Ilustre, risueña y grave;
Ahora aquí representas
Y al mismo momento en Flandes;
Truecas, sin discurso alguno,
Tiempos, teatros, lugares:
Véote y no te conozco;
Dame de tí nuevas tales
Que te vuelva á conocer
Pues que soy tu amiga grande.
COMEDIA Los tiempos mudan las cosas
Y perficionan las artes;
Y añadir á lo inventado
No es dificultad notable.
Buena fuí pasados tiempos
Y en estos, si los mirares
No soy mala, aunque desdigo
De aquellos preceptos graves,
Que me dieron y dejaron
En sus obras admirables
Séneca, Terencio y Plauto,
Y otros griegos que tú sabes.
He dejado parte dellos
Y he también guardado parte,
Porque lo quiere así el uso
Que no se sujeta al arte.

Ya represento mil cosas,
No en relación como de antes,
Sino en hecho, y así es fuerza
Que haya de mudar lugares.
Que como acontecen ellas
En muy diferentes partes,
Voyme allí donde acontecen:
Disculpa del disparate.
Ya la comedia es un mapa
Donde no un dedo distante
Verás á Londres y á Roma
A Valladolid y á Gante.
Muy poco importa al oyente
Que yo en un punto me pase
Desde Alemania á Guinea,
Sin del teatro mudarme.
El pensamiento es ligero;
Bien pueden acompañarme
Con él, doquiera que fuere
Sin perderme ni cansarme.
.....
Mal pudiera yo traer
A estar atendido al arte
Tanto oyente por las ventas
Y por tanto mar sin naves.
..... (1)

Así se declaraba convencido, más que vencido en sus controversias con el Fénix de los Ingenios, el humilde Soberano de las Letras, resignado á la esclavitud del cuerpo en las mazmorras del Argel y en la prisión de Argamasilla, reclamando, por fin, libertad para su espíritu, también encarcelado por la tiranía de un preceptismo cuya labor, fecunda en exigencias y escasa en consejos útiles, ha llegado á publicar toda esa que pudiéramos llamar: Colección Legislativa, contra la libertad del teatro.

Y lo singular del caso consiste en que los más autoritarios son esos que piden para su uso particular lo que yo deseo para todos: el Teatro Libre; y es que algunos son tan

(1) Cervantes. Teatro. *El Rufián dichoso*. Jornada 2.^a.

codiciosos de la libertad, que no nos dejan á los demás la que pudiera correspondernos en un reparto equitativo.

Sí; yo quiero el teatro libre... libre de ellos; libre de doctrinarismos *á posteriori*; porque «obras son amores y no buenos censores».

Esta convicción mía es de ya remota fecha, en que me ocurrió lo siguiente:

Era yo Alumno de Estado Mayor, y el profesor de Arte Militar me dió la orden de escribir un juicio crítico de la batalla de Leuctria.

Cogí los planos de Kausler, leí la descripción del combate y observé que el *estratega*, ó General tebano Epaminondas había colocado delante de su ejército á los elefantes de guerra; éstos, heridos por los dardos del adversario, volvieron grupas; y, en su fuga, desordenaron al ejército, que fué derrotado por el enemigo.

Y yo, estrenándome como crítico *á posteriori* y con asentimiento de mi profesor, puse como un guiñapo á Epaminondas, y proclamé la infalibilidad de la regla siguiente:

«Los elefantes no deben ponerse á vanguardia».

A los pocos días me encargó el mismo catedrático la crítica de la batalla de Mantinea, dada por el mismo Epaminondas; y ¡cuál no sería mi apuro al enterarme de que el distinguido guerrero había reincidido en la falta de colocar los elefantes á vanguardia, con la diferencia de que, esta vez, hostigados por los tebanos, los feroces paquidermos habían arrollado la línea enemiga...; y Epaminondas triunfó en Mantinea... por lo mismo que había sucumbido en Leuctria!

Con la imperturbable serenidad del crítico tomé la discreta resolución de cambiar de parecer, y afirmé lo contrario de lo que había proclamado; esto es:

«Los elefantes deben ponerse siempre á vanguardia».

Gracias á mi justicia, quedamos: rehabilitado el pobre Epaminondas; y, yo, seguro de su eterno agradecimiento; pero al salir del aula fuí diciendo para mi capote ruso:

«Las batallas no salen de las reglas; las reglas se sacan de las batallas.»

Y esto mismo sucede en el palenque literario.

De todas las desdichas que ha sufrido nuestra pobre España, mercado siempre abierto á la pacotilla ultrapirenaica de exportación, es la más dolorosa esa mansedumbre con que su cultura se reconoce en humillante estado de penetración pacífica por la civilización extranjera; y entre todas las modas de París, adoptadas con el acostumbrado retraso por nuestros elegantes técnicos, como librea de servidumbre intelectual, por ese afán de remedo que es renuncia de la propia estimación y hasta parece indicio de inferioridad antropológica, ninguna tan extravagante como el desprecio de la forma poética y la censura de su empleo en las composiciones escénicas, lo cual implica, entre otras *pequeñeces*, la sacrílega relegación del teatro del siglo de oro.

Tal absurdo fué dictado é impuesto á nombre de la sinceridad artística por algunos revoltosos con aspiraciones á revolucionarios; y la juventud, desenamorada de su patria, volviendo la espalda á nuestras empolvadas bibliotecas, miró hacia el Norte, por donde dicen que viene ahora la luz; error astronómico y también histórico.

Por ese lado nunca llegó la aurora, sino la irrupción; por allí no viene el progreso, sino el contagio.

¿Abolir la versificación en las obras dramáticas españolas, por incompatible con la naturalidad? ¿Y, por qué?

En Francia, cuyo léxico tiene casi totalidad de palabras agudas, se necesita todo el patriotismo de Juana de Arco y la paciencia de un beneditino para aguantar en una sola audición el martilleo del verso alejandrino en los dos mil pareados, uno más uno menos, con que los actores trágicos nos informan de la lastimosa suerte de Iphigenia ó de Británico; y ésto pudo justificar que una legión regeneradora de *naturistas*, precursores de los Jóvenes Turcos en el camino de las reformas, proclamase el exterminio de una versificación, que sonaba á trote del Pegaso, en nombre del buen gusto y para alivio del dolor de cabeza.

Pero en España, cuyo lenguaje atesora todas las modulaciones de la armonía en sus vocablos sobresdrújulos, esdrújulos, agudos y graves, á cuya ductilidad para la expresión de las ideas se agrega la de una variadísima forma métrica en que figuran el endecasílabo, rotundo y solemne, y el octosílabo musical por excelencia, entre versos cortos

y largos de cualquier número de sílabas; en España, donde el poeta dispone, á más del consonante, del asonante que los franceses no tienen, para dar al romance la naturalidad y soltura de la prosa más fácil, al extremo de que el ritmo ni amana la dicción ni siquiera es advertido por el auditorio; en esta tierra, inundada de sol, de colores y armonías, donde los trovadores cantan, como los pájaros gorjean, el himno á la Naturaleza y la alegría de la existencia, es absurda la execración á la forma poética, que elegante y flexible se ciñe al pensamiento, para sustituirla con una prosa remilgada, recompuesta, repintada y retocada con todos los afeites retóricos.

¡La supresión del verso, por artificioso, solicitada á nombre de esa hipócrita sinceridad artística que se llama Naturalismo, y tiene por fundamento el error de causar la ilusión de la realidad con la realidad misma, exhibida sobre las tablas del escenario!

Pero, si en el teatro la verdad parece mentira, y la mentira, verdad; si en él todo es y debe ser artificial y fingido para que no lo parezca; si los bosques seculares se han de imitar con árboles de cartón y bambalinas de trapo, y los alcázares suntuosos con bastidores de papel y trastos de guardarropía, y en la escena los héroes, pintados con colorete para no parecer muertos ambulantes, tienen que hablar á gritos para que su voz resulte con la entonación natural; si lo que ocurre en un día, en un año ó en un siglo ha de estar imitado en una hora de representación; si el método ha de ser sintético, rápido el transcurso de las escenas, y conciso el estilo, cómo de parte telegráfico ¿es posible imaginar que la llamada representación teatral consista en la presentación de la misma vida, de la propia naturaleza, sin que el artista ordene, reduzca, pulimente, y sobre todo, achique y acomode á las dimensiones del escenario lo que en él no cabe, á la brevedad del tiempo lo que de ella excede, y á la concisión del diálogo lo que aparecería enorme, adornando la verdad bella para que no resulte falsa y fea, y dignificando el lenguaje inculto y vulgar, que las gentes usan, con las noblezas de la literatura?

¿Es que muchos prefieren la prosa?

Pues no hay cosa más fácil que no escribir un soneto.

¿O es que no pueden hacer versos? Y esto no sería extraño, porque en prosa se escribe cuando se quiere; y, en verso, cuando Dios quiere.

Pues, entonces, vamos á ajustar cuentas. ¿Que los versos son artificiosos é incompatibles con el naturalismo, sin duda por la igualdad del número de sílabas, por la monotonía del ritmo y el sonsonete de las terminaciones?

Pues la prosa de última moda se sirve de todas las ma-rullerías de artífice y de todos los tropos de la quincalle-ría retórica; y tiene: disimulado el ritmo; las sonoridades, estratégicamente colocadas; el preciosismo de la palabrería neologista; el amaneramiento de evitar los consonantes y huir de la métrica; y todo lo que es ornamentación cautelosa y efectismo, ocultando lo laborioso de la hechura bajo apariencias de sencilla espontaneidad, con la pretensión de que se admire en clase de bocetos impresionistas, de rasgo firme como zarpazo de la garra del genio silvestre, los que son tramas, enredos, enjuagues y zurcidos de comadre vieja, encubridora de un gongorismo... sin Góngora.

Los pseudo-puritanos del *verismo* desdeñan la versifi-cación por su estructura regular, por la simétrica disposi-ción de sus elementales, y por su cronicidad matemática; y yo pregunto:

¿Pero es que esos contempladores extáticos de la Na-turaleza no han advertido en ella más que lo amorfo, lo in-coloro é inarmónico: la niebla en girones, la luz gris ó el polvo de las carreteras?

La belleza de lo natural es ordenada, y me atrevo á decir que científica y rigurosamente matemática disposición de elementos coexistentes; es ritmo, simetría, cadencia, con-sonancia y convivencia de lo que impresiona nuestros sen-tidos.

La simetría ordena la coloración de las alas de la mari-posa, los órganos duples de la hermosura plástica, y las pri-morosas formas de cristalización, en que precisamente se admira la regularidad geométrica; á leyes de orden cientí-fico obedece la magnificencia luminosa del arco iris; y, las sonoridades gratas de la música, á regularidad en el número de vibraciones, al isocronismo, á repetición metódica de lo idéntico, al orden, á la medida rítmica y al consonante.

Para copiar la Naturaleza no basta mirarla; hay que saber verla, sentirla y sorprender el secreto de su hermosura; hay que tener la mano delicada, la vista perspicaz y el oído fino.

Ante la vista torpe todo aparece confuso y desdibujado; cuando la mano ruda quiere cazar mariposas, las mata al asirlas; y, al oído tardo, llega lo estridente; pero no lo harmónico, tenue y delicado.

Esto en el orden físico; y así en el psicológico.

Hay quien no percibe en el concierto social más que el ruido del escándalo y el rugir de las pasiones, y cree que la sinceridad del arte teatral consiste en la apoteosis del vicio, la pública almoneda de todo lo que es digno, y el escarnio de lo que no se arrastra; y que todo eso debe proponerse en prosa escueta sin más adornos que tal ó cual interjección.

Pobre es la vestidura; y aun sobra lujo.

Pero no nos asustemos de esos que, á falta de caracol marino, hablan por un embudo para inspirar terror pánico á los pobres de espíritu.

Démosles carta blanca, y aun patente de corso; pues en resumidas cuentas, las comedias no son imágenes de la sociedad sino auto-retratos del autor; y cuando éste pretende desenmascarar á las gentes, lo que hace es quitarse la careta delante del público, el cual va á los estrenos pensando: «Dime lo que quieres y te diré quién eres».

Los espectadores, ya curados de espanto, escuchan transcendentalismos peligrosos como quien oye llover; y las mujeres, que aunque no lo parezca mandan en todas partes y principalmente en el teatro, juzgan así de la obra y del autor: «Esto es feo; ó es bonito». «¿Me conmoviste? Pues eres artista»; ó «El autor no tiene más que talento. ¡Qué lástima!»

Por eso creo yo que se equivocan los preceptistas del naturalismo.

Al teatro no hay que llevar trozos de vida; sino pedazos de alma.

Hay quien anda á caza de ideas por las bibliotecas; y creo que equivoca el sitio. Por allí anda el talento ajeno; el genio vive en el corazón.

El arte es afectuoso, no talentudo; y al público no se le doma á latigazos, sino con latidos; sobre todo á las mu-

jeros, emperatrices de la crítica, y aficionadas á los versos.

Allá se las hayan los prosistas con su gusto; pidámosles sólo que cumplan con el Arte, pinten lo que ofrecen, y que los cuadros no necesiten letreros como el del gallo de Orbaneja.

Libertad, hasta para el error; que éste también enseña, y con el veneno se hace la triaca; pero levantemos el destierro de la forma poética, que no es disfraz de la penuria intelectual, sino decorosa vestidura, unas veces sencilla como túnica de la modestia, y otras fastuosa como traje de gala de la nobleza del pensamiento.

Los versos no son, únicamente, cánticos, cantigas, ni cantares; sirven para contarlo todo y para cantar lo que es digno de no ser olvidado, y su forma artística es la más justa expresión de la realidad bella, y tan merecedora como la prosa de conservar, en sagrado depósito, las maravillas del ingenio, la pureza de los ideales, la hermosura del amor y los encantos de la poesía.

Resumiré; y habréis de agradecermelo, porque así, acabo.

Libertad literaria; pero que sea para todos. Cada cual con su musa; y bien venido, si trae algo al acervo común.

Bienaventurados los autores que toman por consejera á la alegría, aunque olviden que el mucho reir no es sano, pues las criaturas de Dios y las naciones pueden morir de risa; bien venidos los excursionistas al extranjero, reintegradores de la propiedad nacional, que toman del teatro francés lo que muchos franceses hurtaron del nuestro;

bien idos los que tienen á la Renovación por musa, prófugos del hogar literario y cazadores de plantas raras; porque ellos se encontrarán á la puerta de la casa solariega, después de dar la vuelta al mundo de sus ilusiones;

libres sean: la musa blanca, anémica y gazmoña; la gris, divinizadora de la tierra y enterradora de lo divino; la del ajeno verde, productora del delirio artístico, y más frecuentemente del alcoholismo crónico; la Venus negra, que sale del tintero salpicándolo todo con manchas del color de la tristeza; la roja como la sangre y el incendio, y también como

las inocentes amapolas, y las de todos los matices de la coloración;

y libremente se explique, con tal de que hable claro, hasta la infame detractora de nuestra historia, la Parca diabólica que intenta cortar el lazo de la vida en fraternidad, la musa sacrílega de la desintegración nacional;

pero, libertad también: para la que inspiró los cantares de la jota aragonesa; para la que en Andalucía mezcla en todos sus gorjeos el nombre de ¡Madre!; para la que dictó los cantos de los almogávares, no de los segadores; para la que en las montañas del Norte terminó sus arrullos con el ¡Y... xu... xú! de desafío y el grito de independencia; y para la musa castellana, que surge entre las mieses amarillas, con la clámide guerrera teñida en sangre del corazón de España, arrancando todas las cuerdas de la lira por no cantar lo que siente ni contar lo que tolera....

Perdonad mi vehemencia; pero este escrito de réplica, que quise hacer de súplica, no es solamente alegato de abogado de los pobres versos; ellos se defienden.

No es la versificación lo único que se litiga.

Lo que quieren que se olvide; lo que llevan á enterrar envuelto en la forma poética, como en sudario, es: la leyenda de oro, con el poema dramático, el repertorio espléndido de la literatura nacional, las riquezas de nuestro idioma, lo genial, lo genuino y lo castizo, lo que es de hechura española, todo lo que se asemeje á luz de nuestro cielo, todo lo que suene á patria.

Y es que nos envuelve una atmósfera de escepticismo y desesperanza, porque el momentáneo eclipse del sol de nuestra gloria ha trocado los ardores en tibiezas y ensombrecido los espíritus; y parece que nuestra raza de conquistadores, que sólo tembló de cólera é hizo temblar al mundo, se esconde entre tinieblas como amedrentada y estremecida por espasmos del frío de la médula; y es preciso calor aunque sea de calentura, y mucha luz que quite la modorra, aunque deslumbre, y aunque ciegue; es indispensable que en nuestra gloriosa escena reaparezcan los héroes legendarios, los cum-

plidos caballeros, las matronas honradas y los trovadores que nos cuenten ó nos canten historias heróicas, aunque parezcan fábulas; y es urgente el espectáculo que dé ejemplo de las intransigencias del pundonor, de la austera virtud y del sublime sacrificio; porque todo eso podrá ahora juzgarse hiperbólico, antinatural, y como sueño del romanticismo; pero vale más delirio de grandezas que manía de bajezas; despeñarse por osado y torpe, que arrastrarse con habilidad; y, si es de ilusos morir por los ideales, es de insensatos apedrear los ídolos por el gusto de pisotear añicos.

Ya sabeis lo que se litiga, lo que he procurado defender, lo que mendigaría humildemente de las buenas almas, diciendo, como los pordioseros de la calle:

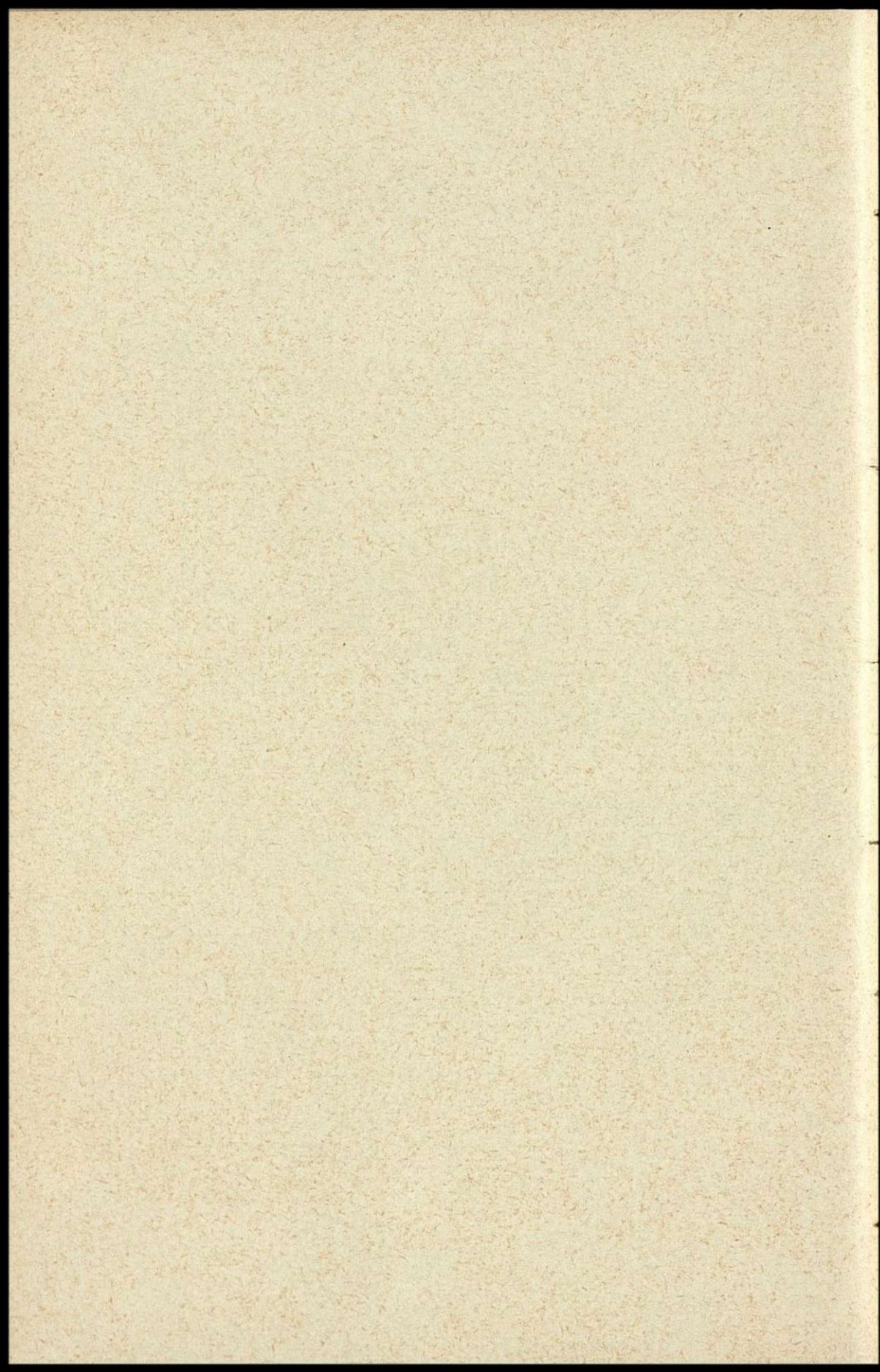
«¡Para ayuda de un pedazo de patria; una limosna de romanticismo; un poco de poesía, por el amor de Dios!»

He dicho.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ALEJANDRO PIDAL Y MON



SEÑORES ACADÉMICOS:

Pocos días después de ser elegido el Sr. Cano para la vacante del malogrado Fajarnés, que tanto luto puso en nuestras almas, recibía yo el manuscrito del chispeante discurso que acabais de oír, y varios volúmenes de versos lujosamente encuadernados, del propio autor, con lo que dicho se está, que aunque yo conocía de antiguo, como todos, las obras más celebradas de nuestro ilustre compañero, me entregué de nuevo con toda delectación al estudio de su teatro.

Pero he aquí, que apenas terminada mi labor de análisis y de crítica, y cuando empezaba á arrojar sobre el papel las primeras palabras de mi respuesta, estalló de improviso la guerra, y ante tan grave y transcendental suceso y la honda emoción que en todas las almas españolas despertaba la nueva cita de Dios emplazando á la Patria en el teatro de sus providenciales destinos, se rompió la pluma en mis manos. Aun cuando D. Leopoldo Cano no tuviera embargado todo su tiempo en cooperar, con sus rudos é incesantes trabajos en el Estado Mayor, á la victoria de sus compañeros en el valiente ejército expedicionario, su corazón y su alma de soldado español no le consentían ni la sospecha de venir á coronarse aquí con los alegres laureles del poeta, mientras allá los ceñían no menos gloriosos, pero sangrientos, sus hermanos los héroes de Zeluán y los mártires del Barranco del Lobo.

¡Y quién podría tener la serenidad olímpica del apolíneo coro en el alma, ni la gracia y la dulzura apacibles de las Musas en el corazón, cuando vomitando el Averno sus furias se elevaban al cielo las llamaradas de los incendios de los santuarios de la Religión, de los relicarios del Arte, y los asilos de la inocencia, de la virtud y de la ancianidad, en la ciudad condal de Barcelona, como luminarias siniestras en los funerales del honor, de la nobleza y de la piedad tradicionalmente españolas!

Don Leopoldo Cano, antes que Académico era soldado, y soldado español; profeso en la religión de las armas consa-

grada al culto de la bandera nacional, y cuando esta bandera, emblema y símbolo de la Patria, al propio tiempo que iba á tremolar al frente de las aguerridas huestes españolas contra el ofensor enemigo, á la vista de todo el mundo civilizado, era deshonrada á traición por los enemigos jurados de Dios, de la Patria y de la Sociedad, el Sr. Cano, personificación viva de ese ejército, en cuyos pechos se conservan vivas aún las fecundas simientes de las heroicas virtudes que fundamentan los gloriosos destinos de la Nacionalidad Española, no hubiera podido discretear festivamente aquí sobre los accidentes más ó menos divertidos de las comedias de nuestro teatro, sumida el alma en la más tremenda indignación por los horrores de la vergonzosa tragedia en que el antimilitarismo internacional quiso enlodar, como símbolo augusto de la Patria, la bandera que, tremolada por los héroes nacionales desde Covadonga hasta Granada, había ondeado tantas veces victoriosa sobre las aguas de Lepanto, en las riberas del Elba, sobre las llanuras de Otumba, iluminada por el sol de Pavía y Bailén.

Pero vino la paz, y esperando la primavera descuidé reanudar el trabajo, y como no sé (ni estoy seguro de que se sepa) lo que en su advenimiento se había de mezclar el errabundo cometa que andaba rondando nuestros umbrales, me decidí, suprimiendo innecesarios análisis y exposiciones de detalle harto conocidas de todos, á daros en síntesis comprensiva lo que con mayor ó menor acierto se me alcance sobre el estro dramático del Sr. Cano.

Y perdóneme por esta vez el nuevo Académico que, en lugar de los relamidos elogios de oficio, que pierden todo su valor ante su calidad de obligados, como los Excelentísimos é Ilustrísimos con que se encabezan las cartas á los condecorados y á los títulos, le salude con el rudo lenguaje de la sinceridad, que dá valor con la censura al elogio, siendo ya elogio de por sí el que se le considere apto para recibir este trato, que no se podría aplicar al que no ostentase en su acerbo, altos motivos de glorificación, repujados y ofrecidos al brillo potente de la luz por la sombra opaca del metal rebajado por el martillo.

Hagamos, pues, un breve resumen de la vida militar y literaria del Sr. Cano.

Nacido en Valladolid, donde la tradición artística del siglo de oro y la poesía de los grandes líricos, hasta Zorrilla y Núñez de Arce, habían conservado incólume la llama sagrada de la inspiración española en el generoso pecho de su juventud, el espíritu noble y ardiente del Sr. Cano se sintió hondamente conmovido por ese afán inquieto y devorador que perturba y consume, con los ardores del sagrado fuego, las almas en que mora el Dios escondido, y entre los cálculos matemáticos del alumno de la Escuela del Estado Mayor y los ejercicios musicales de su temperamento filarmónico, rompía, sin darse cuenta por qué, en improvisadas estrofas de versos vibrantes y apasionados, como si quisiera dar á toda su voluntad reflexiva el mentís de su vocación con las explosiones rimadas de su sentimiento.

La carrera militar del Sr. Cano, que tan brillantes frutos ofreció desde los bancos de la Escuela, donde figuró el primero de su promoción, saliendo á Teniente á los veinte años y llegando á Profesor de la Academia del Cuerpo á los veintidós, tomando posesión de una clase en que casi todos los alumnos eran de más edad que él, no fué seguramente obstáculo, poderoso á apagar la antorcha de su inspiración literaria, y aunque regentando año tras año en el Profesorado militar las cátedras de Cálculo infinitesimal, Geometría descriptiva, Física y Química, Geología y otras varias ciencias de las llamadas exactas y naturales, su pluma descansaba de trazar cifras y figuras sobre el papel, esculpiendo entre ellas delicadas y cinceladas composiciones poéticas, clamorosas invocaciones en verso, dramas y comedias de rica y variada inspiración, que habían de estremecer algún día las fibras más hondas del corazón del conmovido público en el teatro.

Pero vino la revolución, y tras ella, como de costumbre, la guerra civil. Los atropellos cometidos al grito de ¡Viva la libertad de conciencia y de cultos! contra la libertad de la conciencia y del culto de la mayor parte de los españoles, por una minoría sectaria encargada de deshonar sistemáticamente á la libertad con las violencias tiránicas de su fanatismo despótico, suscitaron como protesta y como única defensa posible ya, al parecer, de la fe, de la libertad y del derecho atropellados, la defensa y la protesta armada de los católicos españoles, que tiene ya en España por tradición in-



evitable fórmula forzosamente carlista; y el poeta soldado, que no acertaba á ver la supuesta identidad de las dos causas mezcladas por fatalidades históricas, se fué á buscar laureles guerreros á Cataluña con Martínez Campos, dejando las lucubraciones poéticas por las marchas forzadas del Baztán y las jornadas sangrientas de Echalar, de Palomera y de Peña-Plata.

Cuando la paz, impuesta por el glorioso advenimiento de D. Alfonso XII, dispó las tinieblas de la guerra y de la revolución, las Musas, que habían permanecido silenciosas ante el estruendo de los fratricidas cañones, volvieron á llamar á las puertas de la inspiración que dormitaba en el genio poético de Cano, y con ocasión de la boda del Rey D. Alfonso con la Infanta Doña Mercedes, escribió Cano aquella hermosa composición que le valió el primer premio en los Juegos Florales de Madrid, con el título de *El Triunfo de la Fe*.

A este triunfo, arrancado en noble lid en la región serena de la Lírca, siguieron, uno tras otro, los conquistados en el tempestuoso palenque del teatro, y después de la representación de *El Más Sagrado Deber*, que fué como la revelación de su ingenio en el Arte dramático en general, vinieron los aplaudidos *Laureles del Poeta*, una de sus obras más acabadas, y la tragedia de levita *La Opinión Pública*, después, que alborotó al público en el teatro, y á los críticos en la prensa, más tarde, y *La Mariposa*, por último, apacible y discreta fábula dramática que se podría llamar el *apólogo de la felicidad*, escrita con gallardía y originalidad en delicadísimos versos castellanos.

¿Quién no recuerda casi de memoria aquellos preciosísimos cuartetos en que describe la *felicidad* con las risueñas formas de un *apólogo*?

Dicen que por humildad
ó decreto soberano,
tomó forma de gusano
la diosa Felicidad;
contemplola en tal figura
con profunda antipatía
un niño que confundía
la bondad con la hermosura,

¡y que atormentó después
con un placer inefable,
al gusano miserable
que se arrastraba á sus pies!

Tornó el niño á la Pradera
cuando de bellos colores
iba pintando las flores
alegre la Primavera;
y entre pétalos de rosa
vió salir apresurado
ese geniecillo alado
que se llama Mariposa.
«¡Qué hermosura! ¡qué primor!»,
pensó el chico con anhelo.
«¿Si será un angel del cielo?»
«¿Será el alma de una flor?»
Y huyende tras el rosal,
dijo el insecto... «¡Ah, cruel!
yo soy el gusano aquél
á quien trataste tan mal.
Belleza al cielo pedí,
como tú la necesitas,
y hoy tengo alas muy bonitas...
para burlarme de tí.»

Adornada con las galas
que le dió Naturaleza,
y encarnada en la belleza
(¡pobre gusano con alas!),
desde entonces rencorosa
el hada Felicidad
huye de la humanidad
con alas de Mariposa.

Pero para que nada faltase de los diversos géneros en el teatro del Sr. Cano, avaro, á lo que se vé, de toda variedad de laureles, escribió en seguida *El Código del Honor y La Moderna Idolatría*, dos dramas de *tesis* según la moda que imperaba en su tiempo, y que fueron dos triunfos para el autor, y escribió, por último, *La Pasionaria*, con que acabó de consolidar su reputación de poeta dramático, hasta tal grado, que la obra se representó más de dos mil veces, fué traducida al francés y al inglés, y aún perduran los apasio-

nados juicios de los críticos sobre su tendencia y significación, su alcance y hasta sus símbolos.

Cuando se llega á obtener un éxito colosal, es imposible mantenerse en la cumbre. *La Muerte de Lucrecia* y *Trata de Blancas*, aunque muy aplaudidas en el teatro, fueron muy discutidas por la crítica, que ya desde entonces, cansada de ser imparcial, se mostró apasionadamente favorable ó exageradamente adversa al Sr. Cano, como se pudo ver cuando las representaciones de *Gloria*, de *Velay* y de *La Maya*, obras dramáticas en que, buscando la novedad en el procedimiento, introdujo el *simbolismo*, aparentemente importado diez años después á España por los traductores de Ibsem, cuyas comedias, desconocidas de nuestro autor, no tenían aún curso en nuestro teatro; novedades que el señor Cano completó con otro género literario, mezcla de caracteres, abstracto y realista á la vez, como el drama *Mater Dolorosa*, que es una elocuentísima contestación á los *super-hombres* á lo Tolstoy y al estilo de sus apasionados imitadores.

Como podéis ver, el Sr. Cano está poseído del demonio de la representación teatral, y no hay género dramático, entre los serios, que no haya tentado su vocación. Su versificación fácil, sonora, resuelta, sirve admirablemente en sus manos de instrumento á la idea y al sentimiento que expresa el argumento de su obra; su diálogo es vivo y chispeante de ingenio, y su sátira es contundente y mordaz. Su numen es apasionado y violento, y tiene mucho de indisciplinado y rebelde á las convenciones sociales, tanto que, á veces, al azotarlas por sus excesos, se corre y aparentemente lastima, sin duda sin quererlo hacer, á la misma autoridad social en sus más sólidos fundamentos. Sus caracteres suelen pecar por lo excesivos, pero no por falta de originalidad, de personalidad y de lógica, ni menos de la grandeza en el mal ó en el bien que en la fábula representan. Sus pecados son siempre de exageración, y sírvele de disculpa que cuando más exagera es cuando brilla más alta su inspiración en el Arte. No hace mucho que nuestro insigne Echegaray nos ponderaba una de sus más sublimes salidas de verdadero genio en verdad, en una situación imposible. Lo culpable era haber subido hasta allí; pero, una vez arriba, sólo Cano ha-

bría podido y acertado á salir con uno de esos relámpagos que incendian toda la escena, deslumbran al espectador y abren brecha en la muralla más firme.

El interés progresivo, la enérgica acentuación de los caracteres en las escenas sucesivas, la emoción profunda y honrada á la vez, nunca faltan en los dramas de Cano, lo mismo que la moralidad. Si se fija el espectador, verá que jamás se flajela en ellos propiamente la santidad, ni la virtud, ni los respetos sociales; lo que se ataca es el vicio, la superstición, la hipocresía, el abuso, por más que se corre el peligro, alguna vez, de confundirlos por las palabras poco precisas ó precisadas con que se azotan. No poco de esto hubo de ocurrirle á Moliere, en su *Tartufe*, por ejemplo. Por esto, sólo cabe culparlos de escasa preocupación con las malicias del vulgo.

Por ello impórtanos tanto hacer constar, aun á riesgo de repetirnos, que aun en aquellas composiciones en que se ha querido sacar partido de algunas frases no bien sonantes á los oídos piadosos, el Sr. Cano no ataca poco ni mucho á la devoción, sino claramente á la hipocresía; ensalza á la generosidad y al valor, no al desorden ni á la loca temeridad; combate la torpeza del legislador, pero no la santidad de la Ley, y deplora la impotencia interna del derecho incapaz de elevarse á la esfera suprema de la moral y menos hasta la esfera divina de la caridad y el amor; lo que, si bien se considera, hace del Sr. Cano más que un impío, descreído y mordaz, un como anarquista de la virtud, que en su entusiasmo por el bien, quisiera verlo entronizado en todas partes, aunque, como nuevo Don Quijote, locamente enamorado de su encantada Dulcinea, quisiera hacerla impear en todo el orbe á porrazos, sin respeto y temor alguno, á arrieros ni á labradores, sacerdotes ni cuadrilleros, exaltado por la santidad de su amor y los fueros casi divinos de su andante caballería.

En resumen, la carrera dramática del Sr. Cano no ha sido corta ni modesta. Sus obras han dejado huella en todos los géneros, y la tempestad ha estallado bajo los pies de los caballos del carro triunfante de su gloria.

Tres veces ha interrumpido sus trabajos poéticos el señor Cano: la primera, para ir á la guerra; la segunda, para ir á

América, y la tercera y última, por nativa y espontánea y reflexiva aversión al *modernismo* que se había apoderado del teatro y de la crítica.

Así fué, que aquella parte de la prensa que aspira á acaparar el ambiente de la plaza pública substituyéndose á la opinión, que pretende monopolizar; esa prensa que tan favorable había sido en los comienzos á Cano, que más tarde discutió sus dramas con exagerada pasión y que, al último, llegó á declararle *indiscutible*, por fin le persiguió con encono, y hoy, haciéndole víctima de la conspiración del silencio, no le nombra jamás, castigando de esta manera sus rebeldías literarias á la tiranía de la moda imperante.

Que en literatura, como en arte, como en política y en todo el estado social, nunca se alardeó tanto de libertad ni se practicó más crudamente que ahora la más descarada tiranía; y el obrero, así intelectual como mecánico, que no abdica su propia personalidad asociándose en la *Casa del Pueblo*, ó sea en las oficinas del despotismo central, que administra y regenta la secta ó sus corifeos más hábiles, en el usurpado nombre de la totalidad de la clase representada, no halla modo de trabajar ni, por consiguiente, de vivir, si no sacrifica su dignidad personal, sucumbiendo inexorable á la consigna anónima del tirano, y si no á los inevitables golpes de la navaja ó del puñal, ó á las puñaladas de la pluma, ó, á lo que es peor todavía, á la pérvida conjuración del olvido, simulacro y preludeo de la muerte, que es el arma más emponzoñada y mortífera del intelectual despotismo, que empareja con el social para hacer imposible la libertad en todo el orbe de la tierra.

En una preciosa carta, que he tenido la fortuna de leer, he visto que el autor de *La Pasionaria* y *La Mariposa*, declara que hace siete años que no vá al teatro, y ante esta honda declaración están demás los comentarios; de sobra los sabrán hacer los Académicos que me escuchan.

Por lo demás, el Sr. Cano ha sido con lucimiento, además de poeta lírico y dramático, Profesor y Jefe de estudios en la antigua Academia de Estado Mayor, Jefe en la Dirección General de Instrucción Militar, Secretario General del Gobierno de Puerto-Rico, Jefe de Estado Mayor en varias épocas y lugares, Secretario General de la Junta Con-

sultiva de Guerra, Jefe de estudios y Director General de la Escuela Superior de Guerra, y segundo Jefe del Estado Mayor Central, lo que nos dá idea aproximada de lo robusto de sus fuerzas para el trabajo, aun sin contar aquella otra condición de que, á pesar de su notoria modestia, suele hacer gala nuestro autor, consolándose, no sin cierta jovialidad, al contemplar su nombre en el Escalafón detrás de los de casi todos los que fueron antes sus discípulos, con la idea de que «esa es una evidente demostración de su habilidad para educar á la juventud», con lo cual y con la nube de grandes y pequeñas cruces con que, á modo de honrosísimas compensaciones, le han ido adornando el uniforme, su título de Jefe de Administración de primera clase *civil*, que es lo que más le entusiasma, y la esperanza que brilla en el ya cercano horizonte de su pase á la tranquila reserva, á pesar de su envidiable salud, por el incalificable delito de haber nacido el año de 1844, el Sr. Cano se resigna satisfecho y tranquilo, porque, como él mismo escribió con honda filosofía cristiana, puede exclamar con uno de sus héroes teatrales:

Tras de la dicha corrí
y fué insensato mi anhelo.
¿Quién pensaría en el Cielo
si hallase la dicha aquí?

Si no la dicha, por lo menos la inmortalidad ha venido á consolar al Sr. Cano con la unánime votación de esta Academia, en que con tanto cariño le han abierto los brazos sus amigos y compañeros los poetas dramáticos, y los críticos y los periodistas y el público, que aplaudió sinceramente sus dramas, y ha logrado enviar su representación á estos ambicionados escaños, para que todo se congregue aquí hoy como alrededor de la escena, cuando el Sr. Cano luchaba por sembrar allí los laureles con que ahora le corona la Academia que tuvo en su seno á Martínez de la Rosa, al Duque de Rivas, á Bretón, á Ventura de la Vega, á Hartzembusch, á Tamayo y á Ayala, para no mentar más que á los muertos de más alta recordación.

El Sr. Cano va á ocupar el sitial que ocuparon, uno

tras de otro, el Conde de Cheste y Fajarnés, el filósofo espiritualista y el poeta soldado romántico, y ésta, al parecer casualidad, es como todas las que lo son ó lo aparentan, disposiciones ordenadas á un fin, y como tal, transcendentales en el orden en que se ostentan.

¡Bien lo pregona el discurso que acabais de oír; bien lo cantan los versos del poeta lírico que aclamamos; bien los dramas y las comedias del autor á quien damos la bienvenida en estos momentos!

El desenfadado pensador, el audaz y arrojado militar, el sarcástico y maldiciente poeta, es una verdadera condensación de todas las bizarrías y las arrogancias indisciplinadas de nuestra raza, que en su indómita y caballeresca insubordinación contra todos los despotismos de la tiranía, y en su exaltado é intrasigente amor por la libertad y sus fueros, confunde á veces, como hemos dicho, algo de lo que ataca con algo de lo que defiende, con lo que toma indebidamente, á los ojos del espectador que no reflexione, visos como de aliado del mal en sus más valientes reivindicaciones del bien. Ya en alguna de sus obras más celebradas (lo repetimos), cerró tan fuerte contra la hipocresía, que pareció que maltrataba á la devoción, y, llevado de su genio pujante, pocas veces maltrata á un vicio, que no parezca como que lastima á una virtud, porque no siempre tiene todo lo presente que es necesario, que como la virtud está en medio de dos vicios rivales, el pródigo se codea con el generoso, el avaro se roza con el económico, el cobarde con el prudente, y con el valiente el temerario; por donde es peligroso no distinguir, y es preciso, so pena de pecar por injusto, no generalizar, sino circunscribir, precisando, los límites que puso Dios con su naturaleza á las virtudes, para que no degenerasen en defectos.

Y como en el Sr. Cano el defecto es por exceso de gallardía y generosidad, bien puedo permitirme el aviso como desquite anticipado de mi conciencia, por lo que le voy á alabar.

La crítica para ser justa debe distinguir entre lo esencial y lo accidental en los hechos, y yo, para reivindicar la bondad de las obras del Sr. Cano, tengo que señalar sus desmanes, aunque sean por accidente, comparándole con

aquel valiente militar que inmortalizó Balmes en *El Criterio*, á quien su heroico valor llevó primero á la proeza en la guerra, y al homicidio poco después, en el duelo, por haber confundido, sin distinguir, los requerimientos del honor con las exigencias del orgullo, y las vilezas de la cobardía con los heroísmos de la virtud.

Y este error, francamente se lo decimos, empaña á veces un poco el juicio clarísimo del Sr. Cano, por exceso de mal aplicada generosidad.

El ansia noble del poeta por la santa libertad del espíritu contra las tiranías de la pedagogía sectaria, que ha decretado la muerte del verso para cortar las alas al alma, le lleva, en el ardor de la pelea contra toda tiranía brutal, á pedir en su elocuente discurso la licencia del teatro obsceno, torpe, escandaloso, bestial, en que se asesina el alma y el cuerpo de la sociedad con las apoteosis del vicio, prostituyendo á la mujer y corrompiendo á la juventud; y, una vez lanzado al combate, el Sr. Cano llega á más (muy enfadado se lo digo), llega en su valiente discurso, en mengua de sus brillantes alegatos por el bien y por la verdad, hasta proclamar la inmoralidad esencial de las artes y la belleza del arcángel caído, ministro sobrehumano del mal y pariente próximo del Arte, por obra y gracia del astro indómito y avasallador del poeta, que, una vez desenvainada la espada contra un contrario, no se detiene en la pelea y acuchilla á amigos y enemigos á un tiempo, como si obedeciese sugestionado á la voz airada del Tajo en la más memorable de sus riberas.

Acude, acorre, vuela,
traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
no des paz á la espuela,
no des paz á la mano;
menea fulminando el hierro insano.

Si el Sr. Cano, que es tan noble, tan elevado, tan espiritual en sus versos, en sus dramas y en su discurso, medítase, una vez envainada la espada que esgrimió contra los secuaces de la bestia, que tan gallardamente ha acuchillado en su discurso, que en los ardores de la carga, ha dejado caer palabras, como las de que «las artes son excitantes de la

sensualidad», y que, por lo tanto, «no debemos regatearle medios para robar las almas, que es su oficio», comprendería, con su gran corazón y su brillante inteligencia, que las tiranías escolásticas no tienen nada de común con las arbitrariedades pedagógicas, como la venda amarrada sobre los ojos no tiene nada que ver con la brújula, que sólo sujeta las veleidades del navegante, para orientarle en la inmensidad de la mar, por entre los escollos, al puerto.

Y como prueba de que esos son excesos de la espada del Sr. Cano, y no errores de su inteligencia, ni extravíos de su voluntad, me basta recordar, entre otras muchas, aquellas hermosas palabras que acabais de oír y con que ha terminado su elocuente discurso, pidiendo ideales caballescicos y espirituales que nos rediman de la bajeza en que nos arrastramos, ó sea «la limosna de un poco de poesía para ayuda de la Patria, por amor de Dios.»

Desengáñese el Sr. Cano; esa hidalga generosidad que le hace, fiel á sus tradiciones de raza y de soldado, abrir y medir el palenque y partir el campo y el sol con los enemigos jurados de la Patria y de la humanidad, fué la ilusión liberal de los cándidos ó candorosos apóstoles de la verdad y del bien en los comienzos de la pasada centuria, que respondieron generosos al engañoso reclamo de la «libertad para todos y para todo», que pedían arteramente los que, una vez posesionados de las posiciones entregadas, imponen á todos los demás, á fuerza de leyes de excepción, el monopolio de sus negaciones, justificando aquellas sublimes palabras de Lacordaire: «La lucha del error contra la verdad, es la lucha de Caín contra Abel. Ven, le dice, bajemos juntos al campo de la libertad. Sí, pero es para ahogarle allí con la traición». Hace ya tiempo que el hijo de uno de nuestros Académicos más insignes retrató el liberalismo de esa clase de libres pensadores en aquellos versos tan populares:

«El libre pensamiento
proclamo en alta voz,
y muera el que no piensa
igual que pienso yo.»

En literatura, como en economía, la Ley es la misma: la

mala moneda en circulación destierra la buena. La lucha en la vida es á muerte entre el bien y entre el mal, y la víbora acogida y reanimada en el seno, clava siempre su venenoso diente en el seno que la acogió. «La Musa sacrilega de la desintegración nacional», ha conseguido ya su triunfo con sólo dejarse oír, sin que la ahoguen su voz maldita en la garganta los clamores de indignación nacional.

Y si lo que el Sr. Cano busca es la oposición y el contraste entre la luz y las tinieblas para el triunfo espléndido de la luz, haciendo resaltar la nobleza del espiritualismo poético hasta no más, con las torpezas prosaicas de la representación *sicalíptica*, olvida la facilidad del contagio y los peligros de la tentación y lo inerme de la inocencia; y si es cierto que Dios permite y tolera el mal como provisor del Universo, porque sabe y puede convertirlo en bien, no es razón para que pidamos la libertad absoluta del mal á los provisores parciales de la familia y del Estado, y menos á la conciencia moral de la multitud indefensa, los que, ni tenemos ni les reconocemos poder para ordenarlo á la bondad, sin la ruina y el peligro de aquellos que les están encomendados, y cuya pérdida es un mal mayor que el bien accidental que se logre del contraste de la maldad con la pureza del bien.

Harto lo sabe mejor que yo el celebrado y aplaudido autor de *Los Laureles del Poeta*, que tan patéticamente esculpió con la implacable diestra de su Musa sobre las tablas del teatro, los espantosos estragos sociales de esas viles literaturas que emponzoñan las almas de su auditorio, obligándole á prorrumpir en aquellos versos, tan justificados por todas las peripecias del drama:

«Con el Código delante
se puede mandar al palo
á un hombre cuando es tan malo
que mata á su semejante;
pero no hay pena bastante,
atendiendo á la equidad,
para la negra maldad
del que alevoso y artero
con una pluma de acero
destruye una sociedad.»

Y salvada con esta protesta mi conciencia, tanto moral como literaria, sobre algunos puntos accidentales de su discurso y sus obras, queda ya libre el campo á mi admiración, á mi entusiasmo y á mi aplauso.

Porque la Musa de los cantos, y de los versos y de los poemas dramáticos del Sr. Cano, el ideal que centellea y fulgura ante los ojos de su espíritu, el numen que caldea y exalta su corazón, arrancando vibrantes sonos á su lira, son los mismos que el numen, la Musa y el ideal de Zorrilla, de Núñez de Arce, de Cheste y de Fajarnés; es el ideal español, el noble, el gallardo, el cristiano idealismo poético, heroico y religioso á la vez, que brilló en nuestras canciones de gesta populares, que iluminó toda la historia de nuestro teatro inmortal, que cristalizó en nuestros afamados romances, que encarnó en nuestros aires nacionales y que resiste invencible en su perpetua juventud todas las pestilencias de acarreo que nos importan las modas de las decadencias extrañas, porque, como condensación de la raza y del genio español, brota espontáneamente del suelo mismo de la Patria, como del fondo del hogar tradicional de los eternos hijos del Cid, regado con el sudor y la sangre de tantos héroes, y caldeado por el sol que alumbró la marcha triunfal de nuestra espada y nuestra lengua por toda la inmensidad del mundo conocido y por conocer.

El alma poética del Sr. Cano es el alma española; sus cualidades y sus defectos, españoles también; se vé en su estilo el carácter de los mozos resueltos, como Rodrigo; de los exploradores audaces, como Pinzón; de los conquistadores intrépidos, como Alvarado; de los soldados hazañosos, como Pulgar, y hasta de los calaveras, espadachines y galantes, como Tenorio. Ese fué, con más ó menos acentuación en cada caso del respectivo matiz, el ideal del poeta soldado español, del que rescató la Patria desde los antros de una cueva; del que quemó sus naves al otro lado del mar; del que arrojó su acero para que degollasen á su hijo antes que se le creyera capaz de faltar á su honor y á la lealtad á su Rey, que era la encarnación de su patria; del que clavó el Ave María en las puertas mismas de la mezquita de Granada; del que se lanzó solo, espada en mano, á la conquista del mar del Sur; del que se abandonó teme-

rario á la corriente del Marañón hasta perderse en el Atlántico; del que, hambriento, enfermo y desnudo, se lanzó á la conquista del Imperio, tan colosal como desconocido de los Incas; del que, con una pica en la mano, asombró al universo enseñándole cómo se pelea y se muere por el honor; del que encerró el orbe en su teatro; del que clavó, regocijado y sereno, sus ojos en la humanidad y le arrojó al rostro las dos mitades de su retrato en una carcajada inmortal; en suma, del maestro mismo de Cano, de nuestro popular compañero el inolvidable Zorrilla, el cantor de nuestras tradiciones y leyendas, el poeta de los cantos del trovador, el que, tomando todos los acentos y todos los sonos y todos los ruidos de la nación española, para resonar como la voz poética de la raza, de la religión, de todo lo que constituye la Patria, fascinó los oídos de nuestra juventud, llevándola en pos de la ondeante bandera del romanticismo español, que tremolaba en sus manos hasta glorificar á Don Pedro y hasta salvar á D. Juan, como él mismo se vanagloriaba ó se acusaba de haberlo hecho, pero transfigurándolos á la luz celeste del ideal por la valentía y por el amor, no por imposiciones morbosas de un fatalismo embrutecedor, sin espíritu y sin dignidad.

Vistas desde estas alturas todas las obras de Cano, pierden las sombras su opacidad y sus luces se abrillantan esplendorosas, su genio indisciplinado se ordena en la esfera más alta y superior de la síntesis perfecta y definitiva, y su Musa, franca, clara, resuelta y generosa, gana en respeto sin perder la marcial jovialidad que la asemeja á una gallarda cantinera que alegra el campamento militar con su gracia seductora y su sal, sin sospecha de liviandades que rebajen el pedestal de sus espléndidos atractivos.

El Sr. Cano hace siete años que no vá al teatro, ni escribe ni sueña en escribir para él. El Sr. Echegaray, en vez de dramas escribe sobre ciencias naturales, sobre matemáticas y hasta sobre tabacos; los Sres. Reparaz, Catalina, Sellés y Cabestany, tampoco escriben, y todos hacen muy mal, porque su Musa será todo lo romántica que se quiera, pero era al fin una Musa activa, generosa, gallarda, espiritual; no era la Musa gris ni la Musa *roja*, ni la Musa *negra*, ni la Musa *diavólica*, ni la Musa *sacrílega*, de que nos ha hablado

en su discurso el Sr. Cano esta tarde y que todas trabajan en libertad; mientras la Musa castiza parece condenada al silencio, apenas sin otra manifestación que la regocijada de los hermanos Quintero, aunque, á veces, confundan también los aledaños de la alegría con los linderos de la virtud, sin ver que hay alegrías paganas que son hondas y amargas tristezas, sobre todo comparadas con las santas alegrías de la virtud, que inundan las almas sobrenaturalizadas por el amor que se elevan en aras de la más gozosa ventura, desde las dolorosas miserias de la tierra á las venturosas regiones de la Gloria; pero, al fin, los hermanos Quintero escriben y son aplaudidos universalmente con justicia, lo que prueba que se puede y se debe escribir en romántico, en idealista, en espiritualista, para el teatro, y que urge escribir así para que no degeneren la escena gloriosa del teatro español en cinematógrafo pornográfico, en donde sólo beba la juventud el cieno inmundo del arroyo, acabando de hacer de la Patria un lodazal habitado sólo por reptiles; pues el teatro, ya lo sabeis, no es sólo espejo, sino que es también escuela de costumbres, y si, en vez de la poesía que eleva, se escribe sólo la prosa que rebaja, y en vez de remontarse al ideal se desciende al realismo más asqueroso, el teatro español, en vez de ser elemento de regeneración para la patria, será otro elemento de barbarie más que conspire con *la escuela sin Dios*, con el *sindicato forzoso*, con la *logia* y el *alcohol*, á la postración y al envilecimiento de esta España, que mereció ser llamada en el siglo de oro de su historia, por su elevación y grandeza, con el nombre, sobre todo nombre, de «Pueblo de Dios».

Hoy, ya lo veis, la ola negra, verde, roja, sulfúrea, como queráis, avanza de una manera formidable. *El arresto de la civiltá*, anunciado con terror por los mismos propagandistas teóricos de la barbarie que los espanta, parece que está cercano; las clases elevadas, científicas, directoras, parece que rivalizan en impiedad, en sensualismo, en positivismo anarquizante, con las masas organizadas para la destrucción y el aniquilamiento social. Todo conspira para la *obra de la muerte*, cuyos obreros son *legión* y cuya aspiración es la *Nada*.

Si alguien lo duda, tiene oídos para no oír y tiene ojos

para no ver. Leed el libro, el artículo, la revista, el periódico, la novela y el drama; escuchad el discurso en el *meeting*, la conferencia en el salón, la lección misma en la Cátedra, y decidme después si del conjunto de todo no brota, como la llama, del incendio de todas las materias inflamadas al soplo airado del huracán que trae la chispa en su regazo, la negación, más que la negación el *odio*, más que el odio la *guerra*, declarada ya á *Dios*, como ser Supremo, personal, creador, providente, justiciero, primera causa y último fin del universo que habitamos.

Y este *ateísmo*, convertido en *antiteísmo* primero y en *teofobia* después, que proclama y practica la *guerra al Dios en que no cree*, dando así patente muestra de su mala fe ó de su locura, no tiene otro objeto, bien lo escucháis, que inclinar la frente del hombre sobre la tierra para que, en vez de aspirar á subir entre los ángeles por sus virtudes, se rebaje hasta la bestias por sus instintos, y ese es el secreto de su odio á la Cruz, en que el justo por excelencia se ofrece como ideal á la humanidad, sacrificándose por el amor para elevar, redimir y deificar á los hombres, y la razón de su odio á la Civilización Cristiana, hija espontánea de la Cruz que se ostentó sublime, generosa y radiante en la gran institución de la Cristiandad, como la prueba más concluyente y más tangible de la divinidad histórica del Cristianismo.

Pues bien, los elementos sociales de esa excelsa civilización fueron el *amor* y el *valor*, sublimados por el *honor* como espléndidos florecimientos espirituales del alma hecha á imagen y semejanza de Dios, elementos que nos dieron la poética institución de la Caballería Cristiana en los grandes días de la fe, en que la hermosa poesía no se recluía y se secuestraba en los versos, sino que se derramaba como de roto vaso de alabastro el rebosante bálsamo oloroso y vivificador que se esparcía por todos los órdenes de la vida, ungiendo todo el cuerpo social para elevar su espíritu y vigorizar su organismo, haciendo de la humanidad un *Poeta*: un poeta divino por el sacerdocio, un poeta guerrero por la milicia, un poeta social por el apostolado del trabajo y de la caridad; Poeta que sembraba de flores la tierra y de himnos y de cánticos el cielo, mientras que pe-

regrinaba alegre por el destierro con rumbo á la Patria eterna de sus destinos finales.

Pues bien, ya lo veis, hoy en la sociología flamante, el amor se define y se proclama como la unión fortuita y pasajera de la hembra y del macho humanos; el honor se teoriza como una necia preocupación, y se practica, sin gran escándalo público, vendiendo al enemigo los secretos de las armas y de la guerra y los planos de las fortificaciones de la patria, sin olvidar el insulto sistemático á la bandera, como símbolo de su honor nacional; y el valor, el valor parece que no encuentra hoy más digno empleo ni más alta manifestación que la bomba cobarde arrojada en los umbrales del hogar ó del templo al paso de la Majestad, de la autoridad ó de la Ley, cuando no en medio de inofensiva muchedumbre, para que sea más estúpida y más feroz la catástrofe y más bestial y formidable el estrago, y más universal el dolor y más espantosa, más aterradora, la muerte de las víctimas inocentes y confiadas.

Y es que entre todos hemos matado la *poesía de la vida* y la hemos substituído con la *prosa vil de la muerte*.

Ante el Materialismo grosero, que no admite más aspiraciones que los instintos sensuales de la bestia, el espiritualismo plega sus alas y sucumbe; la Poesía tiende las suyas y se vá; y sin más amor que el carnal y sin más valor que el brutal, el honor, á su vez, desfallece y se sumerge en el cieno, y el soldado, ante el valor sin honor, rompe desilusionado la espada, y el Poeta, ante el amor sin honor, rompe desesperado su lira, porque la *Bestia*, sea la que fuere su jaula, no tiene ni comprende otro canto que el aullido del hambre y el rugido de la concupiscencia, y esos cantos no se contestan con himnos guerreros y patrióticos, ni con cánticos ni canciones de amor, se contestan con pedazos palpitantes de carne y sangre y con el látigo y la cadena del domador, hasta que la fiera lo despedace ó perezca.

Y éso, éso es lo que está ya siendo al presente y acabará por ser el porvenir.

Dejad, dejad, que la secta haya realizado el ostentado programa de su reivindicación animal, proscribiendo hasta las Hermanas de la caridad, que son ya como el último vergel social en que florece la pura y santa flor del amor; de-

jad, dejad que el anticlericalismo proclamado contra la milicia sacerdotal de la caridad suceda el no menos proclamado antimilitarismo contra el sacerdocio militar de la moderna caballería, que es ya casi el único templo atrincherado en que se cultiva colectivamente la religión del honor como profesos que son, en la orden sangrienta del sacrificio, y veréis, veréis realizado todo el programa antisocial: España, Europa, el mundo entero, como un erial donde salta y paca entre ruinas una manada de fieras, pastoreadas por el cayado de acero de un tirano, sin otra finalidad que mantenerlas en cuatro pies.

.....
¿Comprendéis ahora el espontáneo y como instintivo júbilo con que la Real Academia Española abre sus brazos al poeta soldado que viene á ocupar el sitial de Fajarnés y de Pezuela, del filósofo espiritualista y del traductor del Dante, del Taso y del soldado de Cheste y de Morella?

A la barbarie social que nos amenaza proscribiendo la poesía como el *Himno* religioso á la belleza de la verdad y de la virtud y deshonrando la *Bandera*, envileciéndola como á un trapo, porque es el sagrado símbolo del honor de la madre patria, la Academia responde coronando al poeta soldado, que con su espada defendió la gloriosa bandera de los Ejércitos españoles, y con su pluma defendió la verdad, la belleza y la virtud; flageló la hipocresía y la maldad, y cantó con los hermosos acentos de la lengua inmortal de Cervantes el santo *Triunfo de la fe*.

Porque sean las que fueren, alguna vez, las irreverencias involuntarias de su pluma, esgrimida casi siempre con el ardor y la fuerza acuchilladora del sable, considerándole bajo su transcendental punto de vista, siempre se podrá decir de él, con tanta justicia como elogio, aquellos versos de su numen.

«No fué su Musa pública ramera
que desgarrando el transparente velo
profiere el alarido de la orgía;
fué la estática virgen hechicera
que el purísimo amor digno del Cielo
nos ofrece radiante de alegría.»

He dicho.

